

DISCURSO DE CONTESTACION

Por el Excmo. Sr. Dr. D. Antonio González-Meneses y Meléndez

Censor de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Vice-Presidente de la Real Academia de Medicina de Sevilla.

Excmo. Sr. Director.

Excmos. Sres. Académicos.

Hoy es día de gala y de alegría en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras porque se recibe en ella como numerario al excelentísimo señor don José M.^a Javierre y Ortas.

Llega aquí con tres títulos: Es periodista. Es sacerdote. Es historiador de santos sevillanos. Se acostumbra a decir, al presentar a un conferenciante, que no necesita presentación. Javierre es conocido en Sevilla, es conocido y querido entre nosotros. Pero los discursos de recepción en las Academias son pequeñas biografías que se conservan para siglos. El que ingresa, remata en epitafio la vida del que lo precedió. El que lleva la voz de la Academia resume lo que representa el recipiendario —qué difícil palabra— en la cultura y en la sociedad. Por eso, para *luegos* lejanos, yo diré ahora y aquí quién es, qué ha hecho, qué esperamos de él y qué nos trae José María Javierre.

Los Javierre tienen un solar en San Baudilio: una casa de piedra con el blasón sobre la puerta. Un Javierre fue Cardenal y General de los Dominicos a mediados del siglo XVI. Pero José María nació en Lanaja, una villa de Huesca, al norte de la sierra de Alcubierre, aunque su familia procedía del Valle de Rodellar. Un valle éste, de norte a sur, bellissimo. Los montes que lo cercan parecen recortados de ilustraciones de cuentos para niños. Uno, la Ciudadela, tiene la silueta de un castillo torreado, almenado. Otro, los Ventanajos, recorta un puente de dos ojos en el cielo sin nubes —están cerca Los Monegros—. Un río pequeño y transparente, el Alcanadre, lo recorre. ¡Qué distintos —¡oh, monte; oh, valle; oh, río!—, de este río, de esta vega, este Aljarafe de Sevilla! Y el padre de José María no era infanzón como sus vigésimos abuelos, sino Comandante del Puesto de la Guardia Civil de Siétamos. José María adoraba a

su padre. Lo admiraba. Se miraba en él. Se bañaba José María con su hermano en el río Guatizalema, aguas abajo del molino del arroyo de Pietaconesa. El padre, sentado junto a la presa del molino, esperaba a ver volar un pez de los que suben a criar río arriba. Y entonces, de un certero pistoletazo, lo hacía caer, agua abajo, para que lo recogieran los muchachos —híbridos de tritón y perdiguero— y lo llevaran con otros muchos no sé si decir pescados o cazados de esta forma, enhebrados, ensartados en juncos al prado donde la madre y la hermana —como el Señor para la pesca de los apóstoles— tenían preparada la candela. José María se gloriaba hace muchos años, veinticinco, de la puntería de su padre. Pero mucho más de su hombría de bien, de su honor, de su valor, de su entereza. Casi lo vio morir, después de cuatro días de pelea casa por casa. Antonio, el mayor de los hermanos —catorce años—, junto a su padre, disparaba el fusil. José María casi lo vio morir. Se agazapó en el balcón de la Casa Cuartel hasta que el padre lo descubrió y lo mandó con las mujeres y los niños a los sótanos de la iglesia. Tenía José María once años. Pero había estado viendo la batalla con unas hojas de papel y un lápiz, pretendiendo hacer su primera crónica de guerra. Como veis, su vocación de periodista es antigua y heroica. Pocos habrá que puedan acercársele.

Su vocación de sacerdote también fue precoz. Todavía en la segunda enseñanza decidió pasar al Seminario. Lo hizo a escondidas. Seguía el ejemplo de su hermano Antonio, que es hoy una de las figuras más relevantes de la familia de Don Bosco. A los veintidós años cantó misa. En la iglesita de San Vicente Mártir de Siétamo. En cuyo suelo estuvo enterrado por un tiempo el cadáver de su padre, de donde lo sacó el furor de la guerra civil para quemarlo y aventar las cenizas.

Y después ejerce como párroco en dos pueblos del Pirineo. Parroquias montesinas y casi montaraces. De esparcida feligresía pobre. Trabajo duro y tierno a la vez. Duro de los guijarros, tierno de los corazones de los montañeses.

En 1950 muere su madre y él, solo, no ha de llevar una vida sin hogar que era el de esa madre adorada. Cambia de rumbo. Ingresa en los Operarios Diocesanos. Vive en Madrid,

pero con un contacto estrecho con Salamanca. Interviene en la primera línea de las fundaciones de P.P.C. y de Incunable. Y en la actividad de aquel inolvidable «Ecclesia». Por obediencia, su vida periodística es amplia y honda. Colaborador de «Ya», pasa luego a corresponsal en Roma y en Munich. Es enviado especial en Tierra Santa y en los países de Africa. Recorre mundo con sus papeles y su pluma, como cuando de niño de once años atisbaba la guerra con inmenso peligro. A veces, sin embargo, el peligro mayor no es de los tiros.

Alrededor del año 52 es Vicedirector del Colegio Español de Roma. Allí se ordenan los que ahora son obispos o escritores insignes, la «élite» de la Iglesia en acción.

Desde 1956 a 1962 es Rector del Colegio Español de Munich.

Desde 1969 hasta 1971 dirige «El Correo de Andalucía». Pero esto lo sabemos todos.

En la actualidad lleva una colaboración fija en «Ya», además de numerosos trabajos sin firma en el mismo periódico.

Este es en resumen el curriculum del periodista.

Veamos ahora su faceta de historiador de santos sevillanos.

Ya antes de 1961 ha historiado a San Pío X —su Papa modelo— y a Merry del Val —otro santo *gentleman* como San Francisco de Sales—. Pero en 1959 ha venido desde Munich a encargarse de la redacción de la biografía de Don Marcelo Spínola. Se publicó ésta en 1963. Ese mismo año se editó el libro de nuestro académico sobre Pablo VI, Pontífice Romano.

Después del Cardenal, Sor Angela de la Cruz. Desde la publicación de «Madre de los Pobres», en 1968, que alcanzó la gloria del Premio Ciudad de Sevilla, hasta los «Escritos Intimos» de Sor Angela, que aún tienen la tinta fresca, Sor Angela se ha adueñado del corazón y de la mente de José María Javierre. Ya habéis oído cómo habla de ella. Como un hijo o como un novio. Con amor: Javierre ha mirado amorosamente a estos dos santos sevillanos: el aristócrata arzobispo, fundador, distinguido y ardiendo en caridad, y la zapaterita —hay más de una «Zapaterita Prodigiosa»— humilde y fundadora, del pueblo llano y ardiendo en caridad. Dos mundos sevillanos, la clase alta y la modesta clase de los obreros, las dos representadas por dos arquetipos: un intelectual y una

mujer sin letras, pero ambos con una altura y una profundidad gigantescas. Con esos primeros planos de Sevilla, ¿cómo no iba a quedar fascinado Javierre por Sevilla?

Ha escrito más libros nuestro nuevo compañero de tareas. Más de doce. Pero es mejor citarlos luego en nómina en la edición de estos discursos que enumerarlos en farragosa letanía. Y sigue escribiéndolos. Y pensando en nuevos temas, en nuevos títulos. Y dirige la edición española de la Historia de la Iglesia de Fliehe-Martín, de la que van a la luz ya tres volúmenes. Y escribe, escribe, escribe.

Ya veis qué exactamente corresponde la actividad de José María Javierre a lo que nos exige el Estatuto y Reglamento de nuestra Academia: cultivar las buenas letras y ocuparse de la historia de Sevilla. Las buenas letras del periodismo, letras universales e irradiantes, difusores de la cultura, de la doctrina, de la belleza. La historia de lo mejor de Sevilla, los *oligoi*, los pocos, selectos, altos, divinos sevillanos que ya miran a Dios cara a cara. Es, pues, éste un académico de Buenas Letras por derecho propio. Esperamos que sea un asiduo y fecundo colaborador de la tarea de esta casa, tarea más silenciosa de lo que la densidad de su fruto exigiera y menos apreciada de lo que la intención y el entusiasmo de sus miembros merece.

Y aquí debía yo callarme. O todo lo más decir dos docenas de palabras de agradecimiento y bienvenida. Pero está dispuesto por la costumbre y el decoro que el que lleva la voz de la Academia se refiera expresamente al tema del Discurso de recepción: lo comente, lo glose, lo pondere. Creo firmemente que este deber del que contesta es difícil, vidrioso. Se presta al resbalón, a molestar al recibido, a cansar al auditorio.

No debe el que contesta *pisar* el discurso, si se me permite tan poco académica palabra. No debe demostrar que se sabe el tema mejor que nadie y por tanto mejor que el que lo acaba de exponer. No debe ser largo, porque todos tienen ya ganas de acabar. No debe ser excesivamente corto, para que no se tome a desinterés o descortesía. No debe soslayar el tema en su esencia, para que no parezca que no lo aprecia o

que no lo conoce. Entre tantas sirtes, difícil es navegar sin encallar o por lo menos sin tocar fondo.

Por todo esto he preferido que mi respuesta sea sencillamente una serie de apostillas, de notas a pie de página, mínimos comentarios a los temas del discurso, aclaraciones a puntos que algún no sevillano pudiere interpretar torcidamente. No pretendo corregir nada, lo que sería una pretensión cómica. Sólo acompañar el texto, como esa cadencia breve repetida «Do - si, la, sol» que entre las falsetas o el cante recuerda al oyente que lo que se está tocando o cantando es una seguidilla gitana. Por cierto, yo digo seguidilla y no siguiriya u otros esperpentos fonéticos, porque no creo que haya que decir haiga, asina o cualquier chabacano barbarismo porque los gitanos lo digan. Y no llego a llamar soledades a las soleares (como Antonio Machado) porque digo estero y no estuario, para referirme a los que estarán ahora mismo «rezumando azul de mar». Pero esto es otro tema. Otro cantar.

Pero no es un cantar menos andaluz. Porque el Andaluz Universal, Juan Ramón Jiménez, en su momento antilorquiano y antialbertino protestaba de toda esa poesía del «Olé y Ay del arbolé». Tenía razón, porque el estribillo popular «Arbolé, arbolé, seco y verdé», pronunciado así, a la granadina o cordobesa, sin ese final (de hacerlo como en Sevilla —secoh y verdeh— no hubiera medido el verso) trasladado a la prosodia normal andaluza, o sea: Arboles, árboles, secos y verdes, sin dejar de ser un lamento de esta tierra hubiera tenido una resonancia dulcísima de égloga de Garcilaso. Y, claro está, hubiera ganado en significados.

Es una lástima que no haya, como en el procedimiento judicial, la posibilidad de una réplica de Javierre a lo que yo ahora diga y una dúplica mía a lo que él replicase. Sería como un diálogo casi platónico del que saliera el tema no sé si decir afinado o redondo, que son dos formas al parecer opuestas de perfección y acabamiento. La solemnidad de esta ocasión no lo consiente y la brevedad sale ganando.

Voy por lo tanto a apostillar algunas de las preciosidades que hemos oído y procuraré ser breve, por lo de Gracián.

Nuestro nuevo académico se aproxima a Sevilla. Se queda subyugado. La sorpresa del hallazgo, el relámpago de la belleza nueva y distinta, el encanto —encantamiento, magia o brujería— de una ciudad marcada con un especial sello, el de la gracia.

Así se sorprendieron los cien mil hijos de San Luis, como tantos, tantos viajeros que nos han dejado sus impresiones escritas. Como tantos que nos las han comunicado al oído en la emoción del flechazo inesperado. Y a mí me encargan que responda a esa sorpresa del que llega con el saber tranquilo, madurado, del que está. Yo no soy sevillano de nacimiento, pero soy del alfoz de Sevilla. Nací en Lebrija —otra ciudad antiquísima— a medio camino entre Sevilla y el mar. Y llevo viviendo en Sevilla sesenta y tres años mal contados, la vida de un cristiano. Mi padre también nació en este alfoz de Sevilla, Almonaster la Real. Estos castillos, Lebrija, Almonaster, pertenecen al Ayuntamiento de Sevilla. Sus hombres, por voluntad de Alfonso el Sabio o por trueques con la Iglesia, eran sevillanos para la guerra y para la paz. Es verdad que de mis cuatro abuelos, tres eran gaditanos y mi madre también. Pero yo no puedo olvidar que la primera vez que oí a José María Javierre hablar en público lo hizo para hacer un elogio de esa tierra maravillosa que es la Bahía de Cádiz y dijo que si le diesen a escoger un lugar para haber nacido, habría escogido ese trozo de cielo descendido que es la tierra que envuelve la Bahía. Por lo demás, la mayor parte de los excelentísimos señores académicos numerarios de esta Real Sevillana de Buenas Letras no han nacido en Sevilla, pero tienen el corazón tan lleno de Sevilla como esos hijos adoptivos que son la vejez de sus padres nutricios con ventaja sobre los hijos de la carne. Por eso me deleita —nos deleita— oír estos elogios de esta tierra y no nos cansamos de oírlos.

Don Marcelo lo dijo en la iglesia del Hospital de la Macarena, un día de San Vicente de Paúl. Se lo he oído contar a mi padre muchas veces, imitando incluso la voz aguda, casi chillona, pero melodiosa, cantada del Arzobispo: «Ministros del Altísimo, Hijas de Vicente de Paúl, mis queridos hermanos muy amados en Jesucristo: ¿Qué podré yo decirles a las

hijas, de Vicente, que ellas no sepan y sepan muy bien? Pero mis queridos hermanos, siempre es grato al padre oír lo que dicen del hijo; siempre es grato al hermano oír lo que cuentan del hermano; siempre es grato al amigo oír las hazañas del amigo». Y así es. Nos encanta a los sevillanos oír los elogios de Sevilla. Y si están tan bien dichos como hoy, doblemente.

Entra Javierre en esta casa a ocupar el sillón del padre La Hoz. Y mirad por donde se cierra así un círculo santo: El padre La Hoz habló de Don Marcelo y Javierre es el biógrafo oficial de Don Marcelo. Don Marcelo trajo los salesianos a Sevilla y a Javierre para biografiarle. La Hoz es salesiano y el hermano de Javierre, don Antonio, es S.D.B. y pertenece a la más alta instancia de los sacerdotes de Don Bosco. Va y viene una savia, una linfa entre estos cuatro puntos: La Hoz, el Cardenal Spínola, los salesianos y Javierre. Es un motivo más para felicitarnos por haberlo elegido y precisamente para aquella vacante.

La indagación sobre Sevilla la comienza nuestro nuevo académico apoyándola en los folletones de Ortega en «El Sol» sobre Andalucía —lo cito así, porque así los leía—. Me recuerda que Ortega hacía un paralelo de las culturas agrícolas y comentaba que dos distintivos de China y de Andalucía, el abanico y la coleta (tanto da que se trate de mandarines como de toreros), eran factores importados, forasterías. Ya no se usan apenas los abanicos —¡qué pena!— ni casi la coleta, ni aun para cortársela solemnemente en la plaza. Y en cuanto a los ojos oblicuos de los chinos, como son un carácter recesivo y los ojos a la europea horizontales son dominantes, con los siglos y el trasiego de unas regiones a otras, acabarán por desaparecer.

Hemos oído embelesados la evocación de la Sevilla decimonónica, la Sevilla de los Montpensier. En este mismo sitio, en ocasión similar para hablar de los nombres sevillanos de las flores, tuve yo también que recordar a los duques de San Telmo. De la influencia que ejercieron en los nuevos jardines, las nuevas plantas y flores de los jardines de Sevilla. Y ¿no son los jardines parte esencial, vital de Sevilla y su estética?

Cita Javierre a las palmeras. Hace dos siglos un árabe, un príncipe, un conquistador, dijo: «Tú también, esbelta palmera, eres extranjera aquí». Pero eso no importa. En Sevilla, lo extranjero se hace sevillano para siempre. El que viene, se queda. Las razas, los pueblos, los imperios, vienen, ven y se quedan, no venciendo, vencidos. O ¿es que Cayo Julio César, nuestro conquistador, nuestro debelador, nuestro amurallador, no se declarará vencido por Sevilla, sea o no sea verdad su amor, su hijo sevillano activo primerísimo en los idus de marzo? ¿No le da su propio nombre: Julia?

Y si es verdad que se ha dicho por Eugenio D'Ors de Sevilla que es una ciudad de primera con hombres de segunda, quizá sea mejor. ¿No es mejor que la tabla deliberante sea redonda? ¿Que el primero lo sea entre los pares? El salvador de la ciudad ¿no debe ser puesto fuera de las puertas de ella? ¿No lo hizo así Inglaterra con Churchill en nuestros propios días? ¿Y Francia con De Gaulle?

Es mejor que Sevilla sea creada cada día por sus hombres parejos, obreros y soldados, fecundada, eso sí, por sus zánganos —sus intelectuales, sus poetas—. La reina, escondida en la celda real del termitero o la colmena, es ella misma, Sevilla madre, fecunda, silenciosa, perenne. No se ve, pero se reproduce. Sus hijos y servidores, lo sevillanos de segunda, vamos recreando continuamente sus formas exteriores, rehaciendo lo que se destruye. Y no temais porque cada vez las formas no sean aparentemente las mismas que antes, ni tan bellas o tan típicas. Cada época se asombró de la novedad, se escandalizó de la renovación. Cosas que ahora parecen tan sevillanas como los balcones, las cancelas, la mantilla de las mujeres, la puerta de la Macarena, el Parque de María Luisa, el remate renacentista de la Giralda, las Teresas, las Cofradías de Semana Santa y las casetas (entonces se llamaban casillas) de la Feria fueron considerados en su momento, al empezar, novelorías opuestas al espíritu y la tradición verdaderos de Sevilla.

Y los romanos y los visigodos y los árabes y los almohades y los castellanos y los leoneses fueron considerados como extranjeros indeseables por los sevillanos que vivían en quieta posesión pacífica del aire, de la luz, de la tierra de Sevilla.

Y a propósito de balcones, bueno será recordar que esos preciosos cierros de madera de las calles de Lima llegaron allí desde Canarias y a Canarias desde Sevilla. Pero que aquí tuvieron que ser desmontados porque al César Carlos V le dieron miedo esas espesas celosías desde donde tan fácil era un arcabuzazo regicida.

Y en cuanto a las razas, los genoveses estaban en Sevilla antes de San Fernando. Y los vizcaínos, los montañeses, los italianos de todas sus repúblicas y reinos, los catalanes y aragoneses, los gallegos vinieron a Sevilla a poblarla, a regirla, a cambiarla en todos los siglos, como conquistadores, como mercaderes, como emigrantes, como funcionarios. Y se quedaron para siempre. Entonces se dirá que Sevilla no es nada auténtico. ¿Por qué? ¿No es auténtico el bronce, que no es cobre ni estaño? ¿O no es precisa la aleación del oro con la plata para que sea firme? Los físicos saben que las aleaciones no son simples mezclas. Los químicos conocen la significación de las relaciones de los átomos para formar con unos pocos la infinita variedad de los compuestos orgánicos, de la vida. Los filósofos han descubierto que la *esencia* es la estructura. Y eso es Sevilla, una estructura singular, en la que no importa cambiar un átomo por otro, un hombre por otro, un estilo por otro, un idioma por otro —el tarteso, el fenicio, el latín, el germánico, el árabe, el castellano, qué más da—. Allí está, debajo y encima de todo, Sevilla universal.

¿Quién nos dice que no pasará así: que esa plaza del Duque, desaparecido el opulento palacio de los Duques Guzmanes —la casa de los señores del lugar le pareció al rey forastero—, el palacio de los Villapineda, la casa donde ocurrió el episodio de «el Médico de su Honra», la iglesia gótica de San Miguel, el patio donde entraban a galope las galeras aceleradas que venían de Madrid y de Cádiz por cuenta de los hermanos Ferrer, el riquísimo, el exquisito pastiche del palacio de Sánchez-Dalp, el teatro del Duque, la Vinícola castiza, reino de cantadores, esta plaza del Duque ahora crucificada por construcciones bárbaras, sin el menor olor a sevillanas, quien nos dice que no será pasados unos años, no demasiados, un arquetipo de la gracia de Sevilla y no estará su imagen en las tiras de

tarjetas postales que se llevan los turistas? Voy a contaros un secreto, un tremendo secreto. Todavía dudo si podré hacerlo. Pero me decido. Una noche volvía hacia mi casa del barrio de San Lorenzo. Y me acompañaba Joaquín Romero, con esa divina costumbre de acompañarse una vez y otra en ida y vuelta que en Sevilla está estatuida hasta para los Armados de la Macarena. Y cuando llegamos a la plaza del Duque, por una entrada poco frecuente, por la calle de Tarifa, apareció como fondo luminoso el muro del Gran Almacén que está sobre el emplazamiento del palacio de los Guzmanes, sobre el patio de llegada de los viajeros de Madrid. Se recortaban en silueta los árboles, sobre todo el inmenso *Grevillea robusta*, hermoso padre —o madre— de los pocos ejemplares que tenemos. Era como un encaje fino, negro, sobre una superficie casi irisada, como un traje de fiesta. Joaquín me apretó el brazo, sonrió, más con los ojos que con la boca, que no abrió —él decía siempre bromeando que tenía ojos de carnero moribundo— y me dijo con su inconfundible voz profunda y zumbona: «—¡Y a mí que me gusta esto!». Creo que ese día se incorporó a la belleza eterna de Sevilla la nueva fisonomía de la plaza del Duque. No temáis, pues, no temamos que destruyan la belleza de Sevilla. Renacerá de su corrupción o de su ceniza, como la carne en las postrimerías, gloriosa. Impasible y sutil, ágil y clara Sevilla para siempre.

De modo que a Joaquín Romero Murube, el defensor de Sevilla, de la perennidad de su pasado, le gustó aquella noche el paredón con apariencia de calleja de cementerio de pueblo visto con un cristal de aumento, por el toque amoroso de unos árboles en filigrana, de una luz casi astral, de un cielo negroazul, de un silencio, una paz: y eso es Sevilla.

Joaquín, lo habéis oído, amaba sobre todo el barrio de San Lorenzo. Vivió de niño en la calle de Martínez Montañés, frente a la casa de mis abuelos. De muchacho, en la de Capuchinas —otra vez hoy el Cardenal Spínola—, casi a espaldas de la que yo vivo ahora. Se podría describir la situación de las casas como alternas internas entre paralelas. Cuando murió andaba pretendiendo comprar una casita en Martínez Montañés, casi lindando con la plaza de San Lorenzo. Pero yo, que

estoy ligado por mi familia al barrio desde hace ochenta y siete años y que vivo en él desde hace siete, quiero hacer de este barrio un elogio especialísimo como médico y como académico de Medicina. Nuestra Academia hizo hace pocos años una convocatoria entre sus premios, para un trabajo sobre la polución del aire de Sevilla. Dos trabajos entre los presentados eran muy buenos. Y los dos coincidían en una apreciación, hecha con todo el rigor experimental exigido. El único sector de la ciudad con aire puro era el constituido por los barrios de San Lorenzo y San Vicente. De modo que con este aire puro, y la luz casi de pueblo grande de sus calles, y su silencio no turbado sino orquestado por las campanitas de sus monjas —capuchinas, carmelitas calzadas, clarisas, cistercienses— (el toque de maitines, de vísperas, de oración) y el perfume de los jazmines y las damas de noche de los patinillos, de los compases, de los jardines —¡Ay, el desaparecido huerto de los perros!— y el saludarse los vecinos con amistosa civilidad, y los niños gorgendo en la plaza —¿o son los pájaros lo que juegan a zurro que te vi?—; con esto y con lo otro, mi barrio, su barrio —el de Joaquín— es el cielo incoado —amor, amor, amor—, aunque un día vaya a desmoronarse de abandono o en un deliquio casi orgástico.

De Ortega sólo quiero contar otro secreto. Hace años llegó a la tertulia de don José y sus corifeos un joven sevillano, intelectual, poeta y otras cosas —lo diré, Luis Cernuda—. Cuando se presentó: «yo soy y vengo de Sevilla» y esperaba que allí le preguntaran por el curso de lo más ecuménico y pedante: las cátedras, los sabios, el Ateneo o la política, don José, exultante de interés y de recuerdo, sólo le preguntó que cómo estaban mis bellísimas primas, las niñas de Seras. Sevilla, desde lejos, es eso, unas niñas bonitas y elegantes, porque Sevilla es en sí una elegante y preciosa muchachita, que bajó del Aljarafe a bañarse en el río hace ahora tres mil años mal contados.

No debemos desmenuzar los autores, las autoridades que ha citado nuestro nuevo compañero: Chaves, quizás el más certero; Pemán, más para conocer Andalucía y sobre todo Cádiz, que Sevilla; los Quintero, a los que admiro y quiero tanto

que no creo que sea en ellos defecto el no encontrar defecto a Sevilla, sino el delirio de amor de unos enamorados optimistas; Palacio Valdés y Pérez Lugín, como antes don Angel Saavedra o Zorrilla, o Merimée, o Tirso, o Lope, o Cervantes o todos los forasteros embrujados por Sevilla y sus mitos: Don Juan o Carmen o Don Pedro el Cruel o Almotamid o Trajano o Gallito y Belmonte.

Ni es cosa de analizar las opiniones de nuestros sabios que la estudiaron a nuestra tierra, a su tierra tan amorosamente: Gestoso, Guichot, Hazaña, Murillo. O los que ahora con delirio la miran, la requiebran, le riñen, la cortejan, la disecan como un anatómico enamorado: estos de aquí y de ayer, López Martínez, don Carlos Serra, Bandarán, el padre Paradas, Montoto, padre, hijos, sobrinos; Salinas, Cernuda, Alejandro Collantes, Eduardo Lloset, con los que charlamos, nos reímos, discutimos, coincidimos, disentimos, temblamos de emoción, nos separamos irritados o compenetrados. De cada uno —menos de don Luis Montoto— podría decir ahora los pequeños secretos que voy ahora descubriendo con indiscreción de niño travieso o de viejo desvergonzado. Pero eso sería larguísimo y lo dejo.

Como dejo de hablar de los de aquí y ahora: Don José Hernández Díaz, don Juan de Mata Carriazo, don Ramón Carande, Laffón, los Collantes (don Francisco y don Juan y don Antonio y el otro don Antonio, el poeta lejano), don José Guerrero Lovillo, don Antonio de la Banda y nuestro Aguilar Piñal y los sevillanizados Blanco Freijeiro, Bernales Ballesteros, o nuestro reconstructor más que restaurador o que conservador don Rafael Manzano, o nuestros secretarios don Carlos García Fernández y don Francisco Morales Padrón... pero ¿se puede agotar esta nómina de los enamorados concedores de Sevilla, de los que la cuidan, la analizan, la defienden de los enemigos, la enseñan a sus amigos como una diosa antigua? Casi todos estos que nombro han sido o son compañeros de esta Academia o de su hermana de Bellas Artes. Quedan tantos por nombrar casi como los que hemos recordado. ¿Y qué? Existen, los conocemos y son nuestros amigos. No quedarán anónimos ni menos olvidados. Pero debo dejar de nombrar a todos estos

que podría merecer que para ellos se hubiese escrito lo de «después de tan bien servida/la corona de su rey/verdadero». Y en eso, en haber servido tan bien a Sevilla, ya tienen su premio. Porque conocer a Sevilla es ya participar del paraíso. Juan Ramón Jiménez parafrasea la conocida alabanza de Sevilla que hizo Villasandino. Y dice un 27 de enero, aquí en Sevilla:

«El paraíso: paraje breve e infinito «*Lyndo syn comparacion*» VILLASANDINO — trasunto fiel de la ciudad terrena — conocida bien del viajero— de Sevilla «*briosa ciudad extraña*» —AUTOR CITADO— Sito exactamente en el lugar del cielo que corresponde con su azul a dicha ciudad «*claridat è luz de España*» —AUTOR CITADO— En la primavera universal suele *El Paraíso* descender hasta Sevilla.» Esto decía Juan Ramón Jiménez hace cincuenta y nueve años.

En 1928, doce años después, en la única salida de su «Obra en Marcha», la declaró la posible capital poética de España. Nosotros —el grupo más joven entonces—, Pepín Bello, Díez Crespo, Carlos García, yo mismo, Antonio Montes, Curro Pachón y Pablo Sebastián, por el orden alfabético en que aparecíamos como redactores. Y Manuel Gordillo, Francisco Castillo Rodríguez de la Borbolla, Rafael López de Arcos, Enrique Candellera, Rafael González Moreno y algún otro cuyos nombres se ocultaban; nosotros, digo, proclamamos la capitalidad sevillana, la universalidad de nuestro interés en el primer número de «Hojas de Poesía» en 1935. Pero es que en 1927 el centenario de Góngora se celebró en Sevilla y no en Córdoba. Y, desde luego, no en Madrid. Desgraciadamente, la Sevilla de hoy no es aquélla. Pero lo volverá a ser; no os quepa duda.

El análisis que hace Javierre de Sevilla tiene un momento en que, a semejanza del encuentro de Stendhal con Roma, hace crisis. El francés, dado a los ditirambos, las exclamaciones, las hipérboles, ante la cúpula de San Pedro, se siente desarmado, anonadado, y dice: «*car voicy des details exactes*» y se pone a describir en metros lo indescriptible en adjetivos. Nuestro nuevo académico hace igual: nos da los grados

de temperaturas máximas, medias, mínimas; la humedad, la lluvia, los días de sol, los vientos. ¡Qué bien!

Nosotros podríamos añadir un nuevo elogio numeral de nuestro barrio de San Lorenzo. De noviembre de 1973 a noviembre de 1974 han muerto en mi parroquia cuarenta y siete personas. Los dos más jóvenes, de cincuenta y seis años. El mayor, de noventa y cinco —don Eugenio Lámparter, un alemán que vivía junto a los Gallos desde antes de la Guerra Europea—. La edad media de morir en mi barrio resulta ser los setenta y cinco años, dos meses y doce días. En San Lorenzo no se muere nadie joven. Y la vejez se prolonga en saludable actividad. No es sólo la belleza lo que lo hace apetecible.

Pero es verdad que si se quiere resumir el clima de Sevilla, sin números, tenemos que recurrir a una frase famosa. La que escribió Colón, estupefacto, subyugado por la paradisíaca felicidad antillana. Dijo sólo: «Como de abril en Sevilla».

Y este campo, esta vega, este Aljarafe, este Alcor frontero, ¿qué son sino el Jardín de las Hespérides, el Huerto de Hércules, el privilegiado reposo preparado por Scipión para sus soldados triunfadores, el bosque superior al africano porque no tiene leones, el río superior al Nilo porque no tiene cocodrilos?

Comenta Javierre con razón que en Sevilla los monumentos se diluyen entre un caserío, como los hombres, de segunda. Quizá nadie ha sabido que esto es una medida de seguridad. Porque, creedme, si se acercaran demasiado tantas bellezas diferentes, se produciría algo parecido a lo que ocurre con la energía atómica. Me explicaré. El plutonio debe estar separado en pequeñas porciones, diluido en una masa inerte de grafito. Así se produce una energía tranquila, domeñable, útil. La de la pila atómica. Pero si aproximamos los fragmentos hasta un volumen límite de ese mismo plutonio, se produce la espantosa explosión que asoló Hiroshima.

Yo creo que si se condensaran en pocos hectómetros cuadrados todas las bellezas de esta ciudad, volaríamos en pedazos.

Sólo dos palabras sobre un tema polémico. Don Aníbal González. Os diré que hace algún tiempo, una persona muy

próxima a mí desde hace veinte años, sin cultura académica, pero con sensibilidad, me preguntó de pronto: «—Don Antonio, ¿la plaza de España la hicieron los moros?». Yo tuve que explicarle que me fumé mi primer puro —¡qué horroroso mareo!— entre las enormes daturas estramonios que —malas yerbas en todos los sentidos— ocupaban el acotado trozo del prado de San Sebastián, cercenado al real de la Feria, mientras se oía el acompasado resoplido de la máquina que iba clavando los pilotes de la cimentación de las torres de la plaza de España. ¿Qué pensaban los sevillanos hechos al mudéjar de las parroquias o al gótico de la Catedral, del plateresco del Ayuntamiento? ¿Y los que estaban educados en el manierismo equilibrado de Hernán Ruiz al ver las convulsiones barrocas de San Telmo, de los disparatados estípites de los retablos que ahora nos encantan? El gran talento de Sevilla dijo D'Ors que es hacer la arqueología habitable y cómodamente habitable. Cuando pasen los años, este arte de «estilo sevillano» que ahora nos puede parecer fingido será otro más entre la busca insaciable de la belleza que devora el alma de Sevilla. O ¿no es verdad que ahora nos resulta dulcemente atrayente ese estilo modernista de las casas de la calle del Almirante Ulloa que en nuestra adolescencia nos crispaban los nervios y que el propio don Aníbal hubiera dado cualquier cosa por destruir? Os confieso que en mi adolescencia detestaba la Sagrada Familia de Gaudí.

Dejad pasar el tiempo. Lo que ahora es viejo, entonces será antiguo. Lo que hoy no está de moda, será historia, cultura, patria antigua, belleza permanente.

Echa de menos nuestro nuevo académico el cantado silencio de Sevilla. Yo no lo echo de menos, porque lo tengo en casa, en las calles del barrio de San Lorenzo, de San Vicente. Sólo en las noches de verano, algún televisor ruidoso nos obligará a oír voces o músicas ajenas. Pero es por pocas horas, pocos meses. Es verdad que el ruido de las grandes arterias de Sevilla es capaz de aturdir al más templado. Pero hay que recordar que también cuando estamos callados, inmersos en un silencio total —siestas del Aljarafe, noches de la calle de Martínez Montañés—, nuestras propias arterias resuenan en

nuestros propios oídos, retumban los latidos denunciando que estamos vivos. ¿Y han de ser las arterias de nuestra ciudad menos que las de nuestro cuerpo? Vivimos y latimos y zumba la sangre en nuestros vasos. Vive Sevilla y la sentimos latir, correr, fluir tumultuosa. Demos gracias a Dios.

En fin, nos alargamos demasiado. Creo poder sintetizar lo que cualquiera, sevillano o forastero, siente cuando ve a esta ciudad que hoy nos posee. Creo firmemente que es un sentimiento muy parecido al que experimenta el enamorado por su amada, una atracción cuasi carnal, ansia de posesión y de caricia, de ternura y de urgencia. De no poder vivir sin ella y no saciarse lo bastante con la pura contemplación. Y antes del tranquilo, del satisfecho epitalamio, en ese período infinitamente excitante del noviazgo, de las pretensiones antiguas, del flechazo, sólo tiene una forma de expresarse, volcánica erupción del deseo y de la necesidad de elogiar que se realiza en la forma gratuita y sin recompensa que es el piropo.

Por eso creo que la mejor expresión de este estado del alma son aquellas palabras que Juan Ramón Jiménez —novio para casarse— le escribía a Zenobia el mismo 27 de enero de hace casi sesenta años:

«A Sevilla le echo los requiebros
que te echo a ti. Se ríen
mirándola estos ojos que se ríen
cuando te miran.

Me parece
que como tú, llena ella el mundo,
tan pequeño y tan mágico con ella, digo,
contigo. ¡Tan inmenso,
tan vacío sin ti, digo, sin ella!
¡Sevilla, ciudad tuya,
ciudad mía!»

No me atrevo a decir más.

Bien venido a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, querido don José María Javierre. Estamos alegres de teneros ahora entre nosotros; que sea para bien de la Academia, de su nuevo académico y que sea, sobre todo, para bien de Sevilla.